

**“Sólo nos diferenciamos en haber él hecho segunda de mi primera  
y yo en imitar su segunda”**

David Alvarez Roblin  
(Université de Picardie-Jules Verne)

La relación Alemán-Luján es harto compleja. En la Segunda parte del *Guzmán auténtico* existen, por una parte, una serie de alusiones transparentes a la continuación apócrifa, y por otra, un juego intertextual más implícito con diversos episodios de la misma. Ahora bien, a este segundo aspecto de la cuestión nunca se le ha dedicado un estudio en profundidad, a pesar de que el sevillano confiese —e incluso reivindique— en su prólogo la reciprocidad de la imitación: “Sólo nos diferenciamos en haber él hecho segunda de mi primera y yo en imitar su segunda” (*GA II*, “Letor, 21”).<sup>1</sup> En el marco de este estudio me centraré sobre todo en este segundo nivel de la interacción entre el autor primero y su continuador. Cuando el sevillano se sirve de la obra rival como fuente de inspiración, ¿cuáles son las modalidades principales de la imitación? ¿Los préstamos a la novela apócrifa son ante todo anecdóticos y superficiales, o acaban afectando más profundamente a su proyecto de escritura?

Para contestar a dichas preguntas, me centraré primero en varios capítulos del *Guzmán* de 1604 en los que interviene el personaje de Sayavedra. Mi objetivo será demostrar que éstos se relacionan con episodios concretos de la novela apócrifa mediante un juego especular inversivo. En segundo lugar, analizaré la tensión que origina la respuesta al apócrifo en la continuación autógrafa, que persigue dos objetivos por momentos contradictorios: continuarse a sí mismo y superar al otro. Por fin, dedicaré las últimas páginas de este estudio al desenlace del *Guzmán* auténtico y a su relación estrecha con dos episodios de la ficción rival, que parecen haberle servido de base al sevillano para replantearse el problema de la clausura de su texto.

### **1. De la creación de Sayavedra a la modalidad inversiva de la imitación**

Como es bien sabido, la creación del pícaro Sayavedra le permite a Alemán contestar de forma brillante y explícita a su competidor (ocultado bajo el nombre de Mateo Luján de Sayavedra). Este personaje es un doble de Guzmán que representa ora al pícaro apócrifo, ora a su creador (Kartchner, 17). Menos notorio, en cambio, es el hecho de que varios de los episodios que involucran a este alter ego de Guzmán están directamente inspirados en aventuras de la novela apócrifa.<sup>2</sup>

Tal es el caso por ejemplo de la secuencia narrativa que relata la traición de este falso amigo, que presenta no pocas similitudes con un episodio lujaniano. El primer capítulo de la novela apócrifa narra en efecto cómo el protagonista traba amistad con dos pícaros españoles —Francisco de León y Diego de Vera— que lo incitan a robar al embajador de Francia antes de despojarlo a su vez del producto de su hurto.<sup>3</sup> Significativamente, varios de estos ingredientes novelescos reaparecen en el *Guzmán* de 1604, lo que lleva a pensar que estos falsos amigos presentes en la continuación lujaniana bien pudieron servirle a Alemán de

<sup>1</sup> Todas las citas del *Guzmán* de Alemán proceden de la edición de José María Micó. En adelante *GA I* para la Primera parte y *GA II* para la Segunda. Cuando es preciso indico (siempre en este orden) el número del libro (en pequeñas capitales) y luego en arábigos el capítulo y las páginas citadas.

<sup>2</sup> Profundizo aquí algunas pistas expuestas en Alvarez Roblin 2010, 193-406, y 2014, 111-236. También puede consultarse sobre el particular Martín Jiménez, 115-128.

<sup>3</sup> Todas las citas del *Guzmán* de Luján proceden de la edición de David Mañero Lozano. En adelante *GALS*. Siempre indico primero el número del libro (en pequeñas capitales) y luego en arábigos el capítulo y las páginas citadas. Para el pasaje aludido, véase por lo tanto: *GALS*, I, 1, 118-131.

fuelle de inspiración para elaborar el personaje de Sayavedra. Las circunstancias muy similares en las que tiene lugar el primer encuentro entre los pícaros (en un momento en que el protagonista está desanimado en ambas novelas), la condición de dobles del héroe que éstos asumen (se trata de unos pícaros españoles en los dos casos), la reversibilidad de la situación (al final el ladrón acaba defraudado), y por fin el hecho de que uno de estos pícaros le cuente su vida a Guzmán —como lo hará el mismo Sayavedra en el libro segundo— constituyen algunos de los puntos de contacto más sobresalientes entre las Segundas partes de Luján y Alemán. Especialmente llamativa a este respecto es la comparación entre la novela familiar de Diego de Vera —uno de aquellos pícaros lujanianos— y la de Sayavedra, que tienen en común haber caído bajo la mala influencia de su hermano mayor (que permanece anónimo en el primer caso y se llama Juan Martí en el segundo).<sup>4</sup>

Este conjunto de similitudes y convergencias invita a pensar que el novelista sevillano se inspiró en estos personajes a la hora de crear el pícaro Sayavedra, llevando a cabo un hábil trabajo de amplificación. Sin embargo, Mateo Alemán no se limita a apoderarse de una pista brevemente esbozada en la novela apócrifa (el encuentro del personaje con unos dobles que le relatan sus vidas antes de robarlo). Paralelamente, éste también introduce un juego especular inversivo que le permite reescribir el desenlace del episodio en un sentido favorable a su protagonista. En breves palabras, hace pasar a Guzmán de la situación de víctima pasiva a la de héroe triunfante, como para compensar la afrenta que se había hecho a expensas de su criatura literaria.

En efecto, el pícaro auténtico vuelve a encontrarse más adelante con Sayavedra y lo convierte en su lacayo, al que imparte una lección magistral sobre el robo. Dicho de otro modo: Guzmán termina superando e incluso aplastando al doble que lo había estafado, ejecutándose así una forma justa poética o —según se mire— de “venganza”, tanto por parte del personaje como por parte del autor. Este proceso de dominación del alter ego culmina al final el libro segundo, en el que, durante una tempestad, Sayavedra es presa de un ataque de locura y se tira al agua creyendo ser Guzmán de Alfarache:

“¡Yo soy la sombra de Guzmán de Alfarache! ¡Su sombra soy, que voy por el mundo!” [...] iba repitiendo mi vida, lo que yo della le había contado, componiendo de allí mil romerías. En oyendo al el otro prometerse a Montserrate, allá me llevaba [...] de lo que más yo gustaba era que todo lo decía de sí mismo, como si realmente lo hubiese pasado. (GA II, II, 9, 307-308)

Como bien lo señaló Edmond Cros (43-44), Sayavedra alude a todas luces en este pasaje a la novela apócrifa —más concretamente al episodio en que Guzmán va al monasterio de Montserrat en el libro segundo de la misma— y la obra rival es aquí equiparada simbólicamente al delirio de un loco.

No obstante, la relación con el texto de Luján es de nuevo más profunda de lo que podría parecer. En realidad, Alemán introduce una vez más una inversión especular con otro episodio de la novela apócrifa, que cuida de no mencionar explícitamente. Me refiero al relato que hace el pícaro lujaniano de su regreso a España en compañía de un cocinero portugués y de su nuevo amo, el conde de Miranda. Durante la travesía, estalla una tormenta en la que

---

<sup>4</sup> En la novela de Luján, cuenta el pícaro llamado Francisco de León: “[...] el hermano mayor, que me llevaba cinco años de edad, lo barajaba todo, disipando la poca hacienda que había” (GALS, I, 1, 125). Y en la Segunda parte de Alemán, dice Sayavedra: “Fuimos dos hermanos [...]. El otro mi hermano es mayor que yo y, aunque ambos y cada uno teníamos razonable pasadía, mas aun eso no nos puso freno” (GA II, II, 4, 212-213). Y comenta Guzmán más adelante, al terminarse el relato de su criado: “No le culpo. Empero a su hermano mayor, el señor Juan Martí, o Mateo Luján” (GA II, II, 5, 229).

mueren varios pasajeros y Guzmán recalca entonces la gran compasión que sintió su amo para con las víctimas:

Tuvimos muy buen viaje, aunque no para todos, porque dos galeras se hundieron en el golfo de las Rosas, y en ellas muchas damas y otra gente, de que se hizo mucho sentimiento; y en particular lo sintió el conde, que es un príncipe cristianísimo y muy piadoso, y de gran caridad, y que ama mucho a sus criados. (*GALS*, II, 3, 288)

La generosidad del conde le parece tan admirable al pícaro que la compara con la del mismo Francisco Pizarro, que, según se relata, no había dudado en tirarse al agua, en la época de la conquista, para salvar a uno de sus esclavos: “pasando el río que llaman de la Barranca, arrebatándole la corriente un indio criado suyo, el marqués [Francisco Pizarro] se echó a nado tras él y, cogiéndole por los cabellos, le sacó en salvo” (*GALS*, II, 3, 288). La anécdota concluye con una frase atribuida a Pizarro después del rescate: “Andad, que no sabéis qué cosa es querer bien un criado” (*Ibid.*).

La relación entre ambos episodios de las dos continuaciones del *Guzmán* es una vez más muy estrecha, empezando por el marco en el que se desarrollan las escenas: en ambas novelas se narra el regreso a España del protagonista, se declara una tormenta que lleva a unos pasajeros a morir ahogados, y se termina el episodio con unos comentarios relativos al apego (o a la falta de apego) existente entre amo y criado. Sin embargo, Alemán de nuevo imita a su rival llevando a cabo una doble inversión, que afecta tanto al desenlace como a la relación de poder entre los protagonistas. Esta vez Guzmán es el amo (y no el criado) y éste no se tira al agua para tratar de salvar a su doble (convertido en esclavo), sino que su muerte le deja totalmente indiferente: “Sayavedra con aquella locura, se arrojó a la mar [...] y así se quedó el pobre sepultado, con no pequeña lástima de todos, que harto hacían en consolarme. Sinifiqué sentirlo, mas sabe Dios la verdad” (*GA II*, II, 9, 308).

Los dos ejemplos que acabamos de analizar reflejan bastante bien la estructura —harto ambivalente— de la relación Alemán-Luján. El sevillano le reconoce a su émulo el estatuto de fuente de inspiración, pero su práctica de la imitación conlleva casi sistemáticamente un mecanismo inversivo, que le permite revalorizar a Guzmán frente a su doble apócrifo (representado alegóricamente por Sayavedra). A primera vista, Mateo Alemán parece pues haber superado con creces al rival adueñándose incluso de pistas esbozadas por él para enriquecer su propia Segunda parte. Eso mismo parece insinuar Guzmán implícitamente quizá en el momento de su mayor triunfo narcisista, tras el robo del mercader milanés:

Después que vi tanto dinero en estas pobres y pecadoras manos, me acordé muchas veces del hurto que Sayavedra me hizo, que, aunque no fue tan poco que para mí no me hubiera hecho grande falta, si aquello no me sucediera tampoco lo conociera ni con este hurto arribara; consolábame diciendo: “Si me quebré la pierna, quizá por mejor; del mal el menos”. (*GA II*, II, 6, 225)

El pasaje tiene un alcance metapoético evidente: el autor —a través de la voz de su protagonista— parece hacer aquí el balance de las pérdidas y de los beneficios ocasionados por la novela apócrifa y se vanagloria de haber invertido una desavenencia en algo provechoso.<sup>5</sup> No obstante, ¿debemos tomar al pie de la letra esta afirmación?

<sup>5</sup> Acerca de este pasaje y, más generalmente, sobre la relación con la continuación apócrifa remitimos a los agudos comentarios de Hinrichs (173 y 166-177).

## 2. Los efectos del apócrifo: ¿fuente de enriquecimiento o factor de disolución?

Como lo afirma el mismo Guzmán, la existencia del rival puede llevar a superarse a sí mismo y en ese sentido ser un verdadero agujón. Sin embargo, el relato pormenorizado de la competencia con el doble también comporta ciertos riesgos para la homogeneidad del proyecto novelesco alemániano, que pretende ante todo “[enseñar] por su contrario / la forma de bien vivir” (GA I, “De Hernando de Soto [...] al autor”, 121) y “descubrir —como atalaya— toda suerte de vicios” (GA II, “Letor”, 22). En efecto, la decisión de no ignorar la ficción rival y de contestar a su émulo lleva a Alemán a desviarse en no pocos momentos de su objetivo primitivo, y estos rodeos conllevan un riesgo de disolución para su proyecto de escritura. Tiene ahora que compaginar dos fines harto distintos: se trata por un lado de hacer de Guzmán un contraejemplo antes de redimirlo espiritualmente; pero, por otro, conviene previamente revalorizar aparatosamente al protagonista en el terreno de los éxitos mundanos, en parte para diferenciarlo de su alter ego apócrifo (pícaro ingenuo, torpe y poco diestro para la acción). Alemán quiere pues elevar a su protagonista al nivel de atalaya, pero sin renunciar a convertirlo previamente en fullero sin igual, en “ladrón famosísimo” y en seductor indomable. Para hacerlo invierte radicalmente el desenlace de tres episodios de la novela apócrifa, pero la contrapartida es que estas secuencias narrativas no encajan perfectamente con la línea atalayista enunciada en el paratexto e incluso lo alejan de ella en ocasiones.

La primera de estas inversiones concierne a la larga escena que describe la victoria de Guzmán a las cartas, con el respaldo de Sayavedra (II, III, 3), y puede relacionarse con dos episodios de la novela lujaniana en la que el pícaro pierde jugando a los naipes, desvelando su poca habilidad para el engaño.<sup>6</sup> De ahí quizá la insistencia, en la novela alemániana, en el carácter hiperbólico del triunfo del protagonista ante un Sayavedra atónito y, asimismo, la tonalidad sarcástica del ‘sermón’ que clausura el episodio:

En resolución, todo el mundo es la Rochela en este caso: cada cual vive para sí, quien pilla, pilla, y sólo pagan los desdichados como tú. Si fueras ladrón de marca mayor [...] que pudieras comprar favor y justicia, pasaras como ellos; más los desdichados que ni saben tratos no toman rentas, ni receptorías ni saben alzarse a su mano con mucho [...] estos bellacos vayan a las galeras, ahórquenlos, no por ladrones, que ya por eso no se ahorcan, sino por males oficiales de su oficio. (GA II, II, 4, 209)

Por más señas, llaman la atención, en esta secuencia narrativa, la paciencia y la prudencia de Guzmán, que a diferencia de su doble lujaniano —demasiado apresurado e impaciente— no duda en perder unas jugadas adrede para descebar la cólera de sus competidores y llevar a estos últimos a bajar la guardia. En todo el episodio, en efecto, no podría ser mayor el contraste entre el pícaro alemániano y su alter ego apócrifo. Sin embargo, este éxito del protagonista en el plano mundano, descrito en pormenores y usado con eficiencia para rebajar a Sayavedra, encaja bastante mal con la finalidad moral de la novela

---

<sup>6</sup> Esto ocurre primero en una venta próxima a Madrid: “Acabada la cena, mi gente se recogió en un aposento que tenían prevenido, y luego se hicieron muchos bandos de juego de toda manera de gente; cuales en mesas, cuales en bandos y en el suelo, y algunos fuera de la venta, que hacía buena luna. Estaba tratado que el que jugase conmigo moviese la pendencia y me sacase afuera, y que acudirían los demás a darme mi ajo” (GALS, II, 6, 351). Y se vuelve a repetir más adelante durante la estancia de pícaro apócrifo con una compañía de comediantes que acompaña hasta Valencia: “En el camino ya empecé a mostrar mis tretas antiguas. Pusímonos en Minaya a jugar; tenía aparejados mis naipes floreados, y acerté a dar con quien pudiera inventar todos los floreos, y no ignoraba los inventados, que después supe que era el mayor fullero que empuñó los cuarenta sin ochos y nueves [...]. Continué el juego pensando que acaso y sin malicia me alcanzaba, y vine a perder, tras las blanquillas que tenía, el calzón de fondo raso morado, y hube de ponerme uno usado de rajuela que me prestó un amigo” (GALS, III, 8, 535).

puesto que Guzmán aquí nunca se arrepiente de lo hecho sino que más bien se vanagloria de ello.<sup>7</sup>

Es aún más patente la tensión entre la dimensión atalyista de la novela y la voluntad de superar al doble en el grupo de capítulos en los que Sayavedra narra su vida a Guzmán y en los que éste último se convierte en maestro omnipotente que aplasta y destruye a su alter ego a fuerza de humillarlo, dándole una serie de lecciones (a la vez teóricas y prácticas) sobre el arte del robo. Esta tensión se percibe con particular nitidez cuando Sayavedra tiene que sufrir los comentarios irónicos y degradantes de Guzmán: “No andes a raterías, hurtando cartillas, ladrón de coplas, que no se saca de tales hurtos otro provecho que infamia” (GA II, II, 4, 211). Y más adelante, justo antes de tomar la dirección de Génova: “Si tú, Sayavedra, como te precias fueras, ya hubieras antes llegado a Génova y vengado mi agravio; mas forzoso me será hacerlo yo, supliendo tu descuido y faltas” (GA II, II, 6, 258). Nótese aquí que la frase tiene un sentido críptico —que el lector tiene que descodificar— y que el sevillano no vacila aquí en transgredir la verosimilitud (otro de los principios a los que se aferra en otros lugares de la novela) para contestar a su émulo, como si éste le llevará más allá de los límites acostumbrados y de los terrenos acotados para experimentar nuevas modalidades de escritura.

En la larga secuencia narrativa que va desde el capítulo II, 3 a II, 7, interrumpida por muy pocas digresiones, es evidente que Mateo Alemán quiere demostrar la superioridad de su propio personaje con respecto a su doble en el terreno del robo, mediante dos burlas superlativas (la del mercader milanés y la de su parientes genoveses). Se podrá objetar que estos episodios ya estaban programados en la Primera parte y que por lo tanto nada (o poco) tienen que ver con la novela apócrifa, o que sólo vienen a compensar un error (o un olvido) del continuador.<sup>8</sup> Aserción justificada sólo hasta cierto punto, por varias razones. Primero, llama la atención la peculiar crueldad con la que se llevan a cabo estas dos estafas. En absoluto era necesaria tanta ferocidad desde la perspectiva atalyista de la novela, pero ésta puede explicarse en parte por la voluntad de recalcar toda la distancia que media entre el ingenuo pícaro apócrifo y su doble auténtico (a la vez más diestro y más carcomido por el mal). Tamaña perversidad —tanto con respecto a Sayavedra como con respecto a sus deudos italianos— podría justificarse por lo tanto por una voluntad de superar al rival, cargando las tintas en el sentido contrario de la orientación narrativa por él elegida, a saber ingenuidad, falta de destreza e incapacidad de Guzmán para ajustar las cuentas pendientes.

En segundo lugar —y eso es lo más importante— la casi ausencia de digresiones de tipo “vertical” (en las que Guzmán glosa las travesuras de Guzmanillo) en esta secuencia es sustituida por un tipo de comentarios o digresiones que podrían calificarse de “horizontales”, es decir, en las que Guzmanillo corrige a Sayavedra (proyección ficcional del protagonista lujaniano, desde luego poco ágil en materia de robo). La continuación apócrifa ya no tiene aquí un impacto simplemente anecdótico en la Segunda parte de Alemán, sino que en este caso su influencia es ya de carácter estructural: la lección, en efecto, se desvía de su meta puesto que ya no se dirige ante todo al lector necesitado de escarmiento, sino al competidor,

<sup>7</sup> Esto constituye una diferencia llamativa con la Primera parte de 1599. En ésta, después de describir —a veces con júbilo— sus travesuras y las ardidés utilizadas para engañar por ejemplo al cardenal romano, el narrador alemán solía expresar un claro arrepentimiento: “En todo seguí mi gusto, a todo hice oídos de mercader [...] siendo verdugo de mí mismo” (GA I, III, 9, 461). Muy diferente en cambio es toda la secuencia narrativa que involucra a Sayavedra, en la que no se expresa semejante contrición.

<sup>8</sup> En efecto, ya desde la Primera parte se anunciaba que Guzmán se convertiría a continuación en “ladrón famosísimo” (en la “Declaración para el entendimiento deste libro”) y, en el cuerpo de la novela, el pícaro prometía además vengarse de sus parientes genoveses: “Mas no me lo quedaron a deber, como le verás en la segunda parte” (GA I, III, 1, 383). Dos indicaciones no desarrolladas por Luján (¿por olvido o por elección propia?), como lo subraya Alemán en el prólogo de 1604, en el que afirma tajantemente que “[Guzmán] no se puedo llamar ‘ladrón famosísimo’ por tres capas que hurtó” (GA II, “Letor”, 22) y que el continuador erró al no “volverlo a Génova, para vengar la injuria, de que dejó amenazados a sus deudos” (*Ibid.*).

lo cual vuelve borrosa la perspectiva atalayista, creando una especie de interferencia con respecto al proyecto anunciado en le paratexto.

Por fin, existe un último episodio construido muy probablemente como una respuesta a la novela apócrifa y en el que Guzmán triunfa de nuevo en el plano mundano (en tanto que seductor-dominador), alejándose una vez más de este modo no sólo de la narración apócrifa sino también de la línea moral —en el sentido amplio de la palabra— proclamada con contundencia en el prólogo. En efecto, el capítulo que cuenta los amores de Guzmán con una esclava blanca permite corregir otra ‘falta’ del rival, relativa en este caso a la carrera sentimental del protagonista y a sus “hazañas” amorosas. Para entender el alcance del episodio, es menester recordar previamente que, en la novela apócrifa, Guzmán es un amante desafortunado y que sus amoríos frustrados le llevan en dos ocasiones a la cárcel: al final de la novela, se enamora perdidamente de una actriz llamada Isabela y es arrestando mientras está robando unas capas para complacerla, sin que ella vaya jamás a visitarle a la prisión; pero más lamentable aún es su fracaso en el primer libro de la continuación apócrifa, en el que es manipulado por unas cortesanas que lo incitan a robar a su amo, con lo cual acaba el protagonista en el penitenciario de Nápoles. El pícaro sirve allí a dos españoles prepotentes (un cordobés y un sevillano) que tienen cada uno a su “pensionaria” fuera de la prisión, que los regala y los trae limpios “como el copo de la nieve” (*GALS*, II, 7, 235). Estos ladrones poderosos y fanfarrones —“gente de los de Dios es Cristo” (*Ibid.*, 234)— gozan de la complicidad de los guardianes y son ‘antiguzmanes’ en la narración apócrifa, vale decir, ladrones confirmados y triunfantes a pesar de su encarcelamiento, a diferencia del inexperto protagonista. Por si fuera poco, Guzmán pasa a ser el lacayo servil de estos dos presos españoles y padece su carácter iracundo cuando un buen día desaparecen algunos de sus efectos personales.

Podemos volver ahora al idilio del Guzmán con la esclava blanca. Varios indicios llevan a pensar en efecto que esta última etapa de la carrera amorosa del pícaro alemaniano introduce un nuevo juego especular inversivo con los capítulos napolitanos de la novela apócrifa. Pero, esta vez, quien está perdidamente enamorada es la esclava y no Guzmán, como bien lo demuestra la carta que ella le escribe, firmada “Tu esclava hasta la muerte” (*GA* II, III, 7, 486). La amante del pícaro está dispuesta a todo para salvarlo, con lo cual se ha invertido doblemente el esquema Guzmán/Isabela: Guzmán es ahora el que domina la relación e incluso explota a su pareja, que a diferencia de la frívola actriz viene a verle constantemente a la prisión. Pero más llamativas todavía son las semejanzas entre este episodio alemaniano y el de la cárcel napolitana: Guzmán ya no es aquí un prisionero intimidado por los demás sino que Alemán le atribuye las características propias del cordobés y del sevillano, que sembraban el terror en el penitenciario de Nápoles y eran visitados por su ‘amante’. A su semejanza, el protagonista es ahora un hombre seguro de sí mismo, un malhechor fanfarrón y empedernido. Vive a expensas de la esclava que lo quiere mientras que él en el fondo la desprecia. La dependencia textual entre ambos episodios parece incluso confirmada por el uso de una misma expresión en ambas segundas partes, tanto más llamativa cuanto que Alemán en ningún momento la había utilizado previamente en su novela: “Híceme de la banda de los valientes, de los de Dios es Cristo” (*GA* II, III, 7, 489). Este mismo sintagma había sido utilizado efectivamente en la novela de Luján para calificar al cordobés y al sevillano, como se ha visto más arriba.

En resumidas cuentas, Alemán lleva a cabo en esta última aventura amorosa una suerte de “reparación”: dota a su pícaro de una capacidad de seducción e incluso de dominación en el terreno amoroso de la que carecía totalmente su doble en la novela apócrifa.<sup>9</sup> El episodio

<sup>9</sup> La aventura amorosa con la esclava blanca también puede relacionarse con la biografía del padre de Guzmán, que, asimismo, traiciona y abandona a una mujer que lo ama: “[mi padre] se casó con una mora hermosa y principal, con buena hacienda [...] y para engañar a la mora [...] vendió la hacienda y, puesta en cequíes —

cobra su pleno sentido como respuesta a la obra de su competidor, pero en cambio parece más difícil leerlo siguiendo una línea de interpretación estrictamente atalayista. La secuencia narrativa que involucra a la esclava blanca lleva a Guzmán hasta lo más profundo de la bajeza y el protagonista aparece en ella como un monstruo de egoísmo, ingratitud y duplicidad. Se integra en el proyecto alemán en la medida en que constituye un paso más hacia la cumbre del “monte de las miserias”, pero no deja de llamar la atención que en ningún momento el pícaro “castigado del tiempo” exprese el menor arrepentimiento o saque alguna enseñanza que oriente claramente en un sentido moral la interpretación de dicha aventura, cuya lección resulta desde luego muy ambigua. Una vez más, la voluntad de contestar al apócrifo parece alejar momentáneamente al sevillano del eje central de su novela, que supuestamente pretende edificar un “hombre perfecto”.

Como bien se ve, existe una tensión en la continuación alemana porque el sevillano persigue en ella dos objetivos contradictorios: desarrollar el plan anunciado en 1599, pero sin ignorar la novela apócrifa, es decir, continuarse a sí mismo y a la vez diferenciarse del otro. Esto significa superar al rival doblemente, tanto a nivel espiritual como a nivel humano: supone reforzar el alcance moral de la obra (que el continuador había perdido de vista), pero ofreciendo al mismo tiempo brillantes secuencias narrativas que resalten muy teatralmente la inteligencia y la habilidad del pícaro auténtico (también escamoteados por el competidor). Esta tensión, que actúa por momentos a modo de fuerza centrífuga, se resuelve sin embargo en el magistral desenlace de la novela. En éste, el apócrifo le sirve de apoyo al escritor original para superar el problema y parece llevarlo de este modo a replantearse la cuestión de la clausura de su texto.

### **3. La probable revisión del desenlace alemán o el impacto del *Guzmán apócrifo* sobre la clausura de la novela**

Donde parece más profundo y decisivo el impacto del apócrifo es efectivamente en el desenlace alemán, que enlaza con dos episodios de la obra rival: el de la cárcel napolitana (antes aludida) y el capítulo final de la novela lujana, que terminaba prometiendo a los lectores nuevas aventuras del protagonista:

Aquí me trujeron mis pasos inconsiderados, aunque, por gracia de Dios, presto me vi con libertad. Pero el cómo me escapé de las galeras y lo demás de mi vida, que fueron cosas extrañas, te diré en la tercera parte de mi historia, para la cual te convidó, si ésta no te deja cansado y enfadado. (*GALS*, III, 11, 598)

Antes de entrar en pormenores, nótese que el último capítulo de la novela de Alemán (titulado “Prosigue Guzmán lo que le sucedió en las galeras y el medio que tuvo para salir libre dellas”) permite cerrarle el paso al continuador apurando el programa que éste había enunciado, a partir de un conjunto de pista que —valga la paradoja— el mismo rival había insinuado.<sup>10</sup>

---

moneda de oro fino berberisco—, con las más joyas que pudo, dejándola sola y pobre, se vino huyendo” (*GA* I, I, p. 132). No puede descartarse por lo tanto una doble intertextualidad, pero el perfil de ambas mujeres es harto distinto, y las convergencias con la novela apócrifa nos parecen bastante más precisas que con la historia del mercader genovés.

<sup>10</sup> Trato estos aspectos más detalladamente en Alvarez Roblin, 2010, 353-363 y 2014, 207-212, y remito a dichos trabajos para un estudio más detallado de la cuestión. También puede consultarse al respecto Martín Jiménez, 126-128.

En efecto, a semejanza de lo que pasa en la cárcel napolitana, Guzmán sirve en la galera a dos amos sucesivos (el cómitre y un caballero pariente del capitán) y el segundo de ellos lo acusa injustamente de robo, con lo cual recibe un desmedido castigo. En la novela apócrifa el castigo sufrido por el protagonista se describe con gran economía de medios y el continuador se limita en realidad a bosquejar esta pista novelesca:

Fue, pues, mi pesadumbre que, habiendo mi amo el cordobés tenido visita de su dama [...] se desaparecieron los cuellos y ropa limpia, que no se pudo haber rastro; y, echándolo menos, arrebatada de mí y a puño y torniscón me pensó acabar la vida, pensando que yo lo había tomado. (*GALS*, II, 7, 242-243)

En su desenlace, Alemán parece desarrollar en cambio esta orientación narrativa, que amplifica dramatizándola al extremo puesto que el temor que experimenta Guzmán y sus esfuerzos por recuperar el trincheo (*GA* II, III, 9, 514) y luego el trencellín (*Ibid.*, 515) se nos describen con gran lujo de detalles, lo que no basta para impedir que éste sea golpeado casi hasta la muerte por orden del capitán y se le inflija un tremendo castigo.

Otro punto común entre el episodio de la cárcel napolitana y la galera alemaniana es la metamorfosis que conoce el pícaro en ambos casos, puesto que en las dos novelas toma conciencia del valor de su trabajo y termina arrepintiéndose por las faltas cometidas: en la novela lujaniana, escribe a su amo (el clérigo napolitano) para granjearse su perdón y obtener así su liberación; y, en la obra de Alemán, se produce algo comparable puesto que el pícaro se enmienda y, en este caso, es el capitán de la galera quien escribe al rey para tratar de obtener su gracia.<sup>11</sup>

El otro episodio de la novela apócrifa que parece haber influenciado al sevillano de forma decisiva es el propio desenlace de la obra lujaniana, que por muy breve que sea, no deja de ser elocuente. En efecto, el continuador imagina una riña entre el hermano del capitán de la galera y un galeote, lo que lleva a este último a ser castigado muy duramente. A modo de venganza, el preso apuñala entonces al capitán mientras éste daba un paseo solo por la crujía:

Así fue uno, que habiendo trabado palabras en galera con el hermano del capitán della, y diciéndole el otro que era un ladrón, se atrevió en tierra tan limitada; y donde era rey el hermano de su contrario, a arrebatar dél y dale muchos golpes y coces, que le pensó matar, y lo hiciera si no se le quitaran de las manos; y, sabido por el capitán, le hizo dar infinitos palos, y aun él mismo le dio muchos golpes y bofetones de su mano. Púsose en la cabeza de vengallo todo [...] y poniéndose un cuchillo entre manga y brazo esperó que el capitán pasase por crujía [...] Él sacó su cuchillo, y dale tantas puñaladas que no le dejó respirar y allí murió. (*GALS*, III, 11, 595-596)

Las convergencias con el texto de Mateo Alemán son harto llamativas. Reaparece efectivamente en los desenlaces de ambas novelas una serie de ingredientes narrativos comunes, aunque orientados con un fin diferente: presencia de un “pariente” o “hermano” del capitán, conflicto de este personaje (abruptamente introducido)<sup>12</sup> con un galeote, castigo cruel recibido por éste último, y finalmente puesta en peligro de la autoridad máxima del navío. Sin

<sup>11</sup> Véase *GALS*, I, 8, 248-250; y *GA* II, III, 8, 504-507 y III, 9, 521-522.

<sup>12</sup> En los últimos capítulos del *Guzmán* alemániano, son varios los personajes que se introducen abruptamente: como bien lo señaló McGrady (139) en su estudio seminal, un personaje tan importante como el mismo Soto aparece repentinamente (en *GA* II, III, 7, 485-486) en la carta que le escribe al pícaro encarcelado la esclava blanca. Desde luego, no puede descartarse, como lo sugiere el distinguido especialista, que esto se deba a los retoques introducidos por Alemán después de descubrir la existencia de la continuación apócrifa que lo llevó a repensar lo que ya tenía escrito.



embargo, fiel a su proceder, el sevillano no sólo retoma estas pistas de su émulo, sino que lo hace introduciendo una nueva inversión especular. A diferencia del pícaro apócrifo que asiste pasivamente a la escena sin inmutarse (e incluso se muestra relativamente benevolente con el asesino),<sup>13</sup> el protagonista alemán rechaza toda agresión contra la autoridad del navío. A pesar de la crueldad con la cual el capitán lo ha castigado anteriormente, Guzmán no duda en denunciar el complot urdido por Soto, salvándole así la vida al jefe de la nave y salvándose a sí mismo. Mateo Alemán se adueña de este modo de varias pistas presentes en el último capítulo del relato apócrifo, pero les infunde un sentido nuevo más afín a su proyecto novelesco.

De este modo, la novela de Luján no sólo lleva al sevillano a dar unos rodeos anecdóticos sino que tiene un impacto más profundo. En el desenlace, la influencia del apócrifo se manifiesta por lo menos a tres niveles complementarios: primero, lleva a Alemán a anunciar una tercera entrega de su novela, respondiendo al desafío de su émulo y cerrando así el paso a la continuación que éste había anunciado<sup>14</sup>; el continuador también le brinda al autor primigenio una serie de pistas que éste desarrolla provechosamente, enriqueciendo el desenlace de su texto, que probablemente hubiera sido bastante distinto sin el apócrifo; por último, el final de la novela queda mucho más abierto de lo esperado: el sevillano no sólo supera el programa anunciado en 1599 desde el punto de vista diegético<sup>15</sup> sino que deja una mayor libertad de interpretación a sus lectores que en otros capítulos. En efecto, en ningún momento glosa u orienta de forma unívoca la lectura de los últimos acontecimientos de la autobiografía de su pícaro, que termina de forma menos “dirigista” de lo que se hubiera podido esperar. Alemán deja incluso una incertidumbre en cuanto a la efectividad de su liberación: cuando se clausura la obra, Guzmán todavía está a la espera de la respuesta del rey, con lo cual es el sentido del conjunto de su trayectoria —vale decir, de todo el texto— el que queda incierto, inacabado y por lo tanto abierto.

En resumidas cuentas, la expresión “imitar su segunda”, empleada en el prólogo del *Guzmán* de 1604, remite a un doble movimiento, aparentemente contradictorio: por una parte, imitar al rival; por otra, diferenciarse y alejarse de él lo más posible, tanto en lo espiritual como en lo humano. Esta orientación antípoda explica en parte la peculiar forma que toma la imitación, que no sólo pasa por la amplificación sino que se expresa muy a menudo mediante un juego especular inversivo. En efecto, el competidor se convierte a la vez en fuente de inspiración y en modelo por repulsión.

Por otra parte, la decisión de contestar al apócrifo y de tomarlo en cuenta tiene otro efecto harto paradójico: antes de convertir a su héroe en auténtica atalaya (diferenciándolo así de su alter ego superficial), Alemán quiere que su personaje supere también a su doble en el plano de los éxitos “humanos”, atribuyéndole una serie de logros que lo alejan en algunos casos, no sólo del plan primitivo de la novela sino de la perspectiva atalayista. Esta peculiar configuración hace que el texto rival represente a la vez un estímulo para el sevillano y un

---

<sup>13</sup> El *Guzmán* apócrifo comenta la escena de forma relativamente distanciada, sin buscar claramente la reprobación del lector: “Va mucho de tener un hombre qué perder o no; o hacer más caso un hombre de mostrarse valeroso y esforzado que desesperado [...]; y, en razón desto, no hay que maravillarse que el galeote, que es el más pobre y miserable del mundo, sea temerario, que al pobre desventurado todos los días son de un color, todos son iguales” (*GALS*, III, 11, 597). Es más: parece insinuar que las condiciones de vida miserables de los galeotes propician este tipo de actos que rayan en locura. Dista mucho el tono del valenciano del de su émulo sevillano.

<sup>14</sup> “Aquí di punto y fin a estas desgracias. Rematé la cuenta con mi mala vida. La que después gasté, todo el restante della verás en la tercera y última parte, si el cielo me la diere antes de la eterna que todos esperamos” (*GA II*, III, 9, 522).

<sup>15</sup> “Él mismo escribe su vida desde las galeras, donde queda forzado al remo por delitos que cometió” (*GA I*, “Declaración para el entendimiento deste libro”, 113).

peligro latente para la coherencia global de su novela, que pretende ser continuación del mismo y respuesta al otro, desdoblándose de este modo el eje central de la obra.

No obstante, Alemán supera esta contradicción mediante una hábil asimilación del tema del doble y una remodelación parcial de su proyecto de escritura. En este sentido, uno de los efectos esenciales del apócrifo es haber llevado al sevillano a repensar —o mejor dicho a perfeccionar— la cuestión de la clausura de su novela y por ende a dejar su interpretación más abierta. En definitiva, la continuación de Luján parece haber liberado al autor original de la estricta necesidad de ‘glosar’ las aventuras de su pícaro y haberlo incitado a optar por un mayor grado de moral implícita, es decir, a repensar la articulación entre consejo y conseja, llegando a un mejor equilibrio entre fábula y enseñanza, entre placer de la lectura y finalidad moral.

**Obras citadas**

- Alemán, Mateo. José María Micó ed. *Guzmán de Alfarache*. Madrid: Cátedra, 1987. 2 vols.
- Alvarez Roblin, David. *Pratiques de l'apocryphe dans le roman espagnol: approche comparée du "Guzmán" de Luján et du "Quichotte" d'Avellaneda* [tesis inédita]. Burdeos: Université Michel de Montaigne - Bordeaux III, 2010.
- . *De l'imposture à la création: le "Guzmán" et le "Quichotte" apocryphes*. Madrid: Casa de Velázquez, 2014.
- Cros, Edmond. *Mateo Alemán: introducción a su vida y obra*. Madrid: Anaya, 1971.
- Hinrichs, William H. *The Invention of the Sequel. Expanding Prose Fiction in Early Modern Spain*. Woodbridge: Tamesis, 2011.
- Kartchner, Eric J. "Playing Doubles: Another Look at Alemán's Vengeance on Martí." *Cincinnati Romance Review* 16 (1997): 16-23.
- Luján de Sayavedra, Mateo [seudónimo]. David Mañero Lozano ed. *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*. Madrid: Cátedra, 2007.
- Martín Jiménez, Alfonso. "Guzmanes" y "Quijotes". *Dos casos similares de continuaciones apócrifas*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2010.
- McGrady, Donald. *Mateo Alemán*. New York: Twayne Publishers, 1968.